

## **LA DEUDA EXTERNA ES UNA DEUDA? ...**

**P. Carlos Marín G. Profesor de Ética U.C.P.R.**

### **Una coyuntura económica**

Un cambio espectacular en los precios del petróleo al inicio de la década de los años setenta, produjo una aún más espectacular acumulación de excedentes de capital que los países productores no estaban en capacidad de absorber y que tampoco necesitaban, y por ello pasaron a la Banca internacional.

Esa misma alza exagerada y repentina de los precios de los combustibles agudizó aún más las ya deterioradas relaciones comerciales y financieras con los países ricos contribuyendo a incrementar de manera alarmante enormes déficits en la balanza de pagos de los pobres, los mismos que solo podrían cubrirse mediante el recurso al crédito internacional.

Las naciones ricas tenían sus alforjas repletas de dinero, mientras las pobres, de estructura social, económica y política débil y en extremo vulnerable, las tenían totalmente vacías de capital para comprar y para invertir en obras fundamentales para su propio desarrollo.

No es fácil establecer dónde, cuándo y en qué circunstancias tuvo origen esta tristísima historia; sin embargo, para facilitar la inteligencia de su génesis, la época y la coyuntura económico - política arriba descritas, pueden ser aceptadas como contexto dentro del cual es posible ubicar este complejo problema del endeudamiento masivo y abultado de los países en desarrollo, ayer - como hoy totalmente indefensos frente al sistema económico internacional.

En 1987 el monto de la deuda externa de Colombia ascenderá a 16.500 millones de dólares y la de América latina estará bordeando la impresionante suma de 400.000

millones de moneda norteamericana. Mientras tanto corren crecidos ríos de tinta sobre el tema, se multiplican los foros y consultas a diversos niveles, los mismos que casi siempre terminan en polémicas estériles, en recriminaciones odiosas o en profetismo de desastre económico general, sin que apunten las soluciones; y el problema de la deuda externa sigue creciendo peligrosamente como una bola de nieve que nos! pueden hacer daño a todos, ricos y pobres, prestamistas y deudores, por igual.

Un continente que piensa y que siente.

Para las naciones prestamistas el problema de la deuda de los más pobres sigue siendo un simple asunto de negocios y de obligaciones válidas que algún día deberán ser pagadas. En América Latina como también en África, en cambio, se piensa y se siente de otra manera. Se percibe una creciente impaciencia; se tiene una sensación de aplastamiento ante la depresión, la baja de los ingresos por menor valor de sus exportaciones, la degradación de sus monedas, la austeridad financiera que se le quiere imponer, y se empieza a decir en voz alta algunas verdades tan grandes como la Catedral de Manizales: que América Latina está hipotecando su futuro; que la deuda es impagable; que hay estrangulamiento exterior; que se trata de un siniestro propósito político para esclavizar al Continente manteniéndolo sometido al Capitalismo internacional; que con América Latina se está cometiendo un crimen histórico; que los países ricos son sordos incurables; que no son ni siquiera comerciantes inteligentes; y estas últimas de Presidentes latinoamericanos: "no aceptamos ser acorralados"; " a nadie se le puede exigir lo imposible", y "qué puede pagar un ahorcado" ?

Este modo de sentir, este pensar a grandes voces, esta reacción del alma de un Continente, nada tienen que ver con lo que suelen llamar bizantinismo, tropicalismo o patriotismo latino. El problema existe y tiene claros visos de "absurdo político y económico" ( la frase es de Fidel Castro ), y de hiriente injusticia.

### **El círculo vicioso**

En vez de tratar solidariamente de conquistarlo, o de terminarlo para bien de toda la familia humana según el pensamiento bíblico, las sociedades opulentas piensan que es mejor destruir este planeta; por eso desde hace varios años vienen dilapidando inmensos y preciosos recursos en la más loca e inútil carrera armamentista.

Si ellos, los ricos, entendieran que este planeta tierra es una empresa común y su riqueza para beneficio de toda la humanidad; si se actuara con un mínimo de inteligencia - recuerden a Cuba y a Nicaragua -, si se reconociera la importancia estratégica de América Latina; si se aceptara que una deuda tan abultada puede volverse impagable poniendo en peligro los propios intereses y hasta la misma seguridad de los países ricos; si hubiese consenso entre los prestamistas en el sentido de admitir, que un Continente como América Latina no puede comprometer su estabilidad política y social, ni su crecimiento económico, ni sus planes de Desarrollo; si en actitud sensata de diálogo se aceptara que la exportación neta de recursos financieros que son necesarios para el Desarrollo, empobrece a las naciones deudoras, entonces , ricos y pobres, prestamistas y deudores, podrían llegar a la conclusión de que deben compartir responsabilidades en las cuales de un problema que, lo repetimos

otra vez, no puede reducirse simplemente al pago de una obligaciones, sino que tiene dimensiones de estricta justicia y solidaridad por los efectos o consecuencias sociales, económicas y políticas que de él se derivan, los sacrificios que implica para los países más pobres en cuanto a su propia economía, presente y futura, ya la calidad de la vida de casi 600 millones de seres humanos.

De aquí, y esto no debe extrañar a nadie, menos aún a los cristianos, que el problema de la deuda externa empiece a plantearse en términos de círculo vicioso económico de manifiesta injusticia, o que se haga distinción entre capacidad y obligación de pago, o simplemente se reduzca a este dilema de vida o muerte: comer o pagar.

Dentro del actual sistema comercial y financiero internacional no es posible, simultáneamente y por siempre, ser buen cliente y buen deudor. Para que un país pobre pueda ser buen cliente frente a las naciones industrializadas, debe tener y poder ampliar su capacidad de compra de bienes y servicios, y esto depende obviamente de que el rico le pague mejores precios por los productos primarios alrededor de los cuales gira su propia economía; y de todos es sabido que los países ricos no tienen interés ni voluntad política para que América Latina exporte más y a mejores precios. Al mismo tiempo, es cierto que si el país en desarrollo se ve obligado a destinar un porcentaje cada vez mayor del valor de sus exportaciones a la amortización de capital y al servicio de la deuda, tampoco podrá ser buen deudor por mucho tiempo.

De otro lado, el monto de la deuda latinoamericana hace imperdonable e ilusa la actitud de algunos países pobres que persisten en seguir hablando de capacidad ilimitada de endeudamiento, o considerándose deudores de mejor familia que otras naciones del Continente. La cifra del solo costo del servicio de la deuda es de tal cuantía que hace tiempo dejó de ser un gasto menor.

Pero ni siquiera la refinanciación de la deuda, lograda país por país, resuelve el problema; simplemente lo pospone mientras sigue creciendo como amenaza real de un colapso del sistema financiero internacional en caso de declararse una insolvencia general de los países pobres. Aunque parezca paradójico, un acuerdo de re- financiación de la deuda constituye en gran parte una especie de garantía para las naciones acreedoras pero en ningún caso una solución para las deudoras. No puede olvidarse que una contracción de la economía mundial, como la de los años treinta, afectaría a todos, ricos y pobres.

Entre tanto, el problema de la deuda del llamado Tercer mundo sigue creciendo y todavía no se sabe cómo encararlo; las propuestas que se hacen son tímidas y buscan ante todo salvar los intereses de los prestamistas. Las medidas recientes de los principales Bancos Comerciales de los Estados Unidos en el sentido de establecer reservas millonarias contra posibles

pérdidas por créditos a las naciones pobres no pagados, no significan que están condonando la deuda, como si estuvieran dispuestos a hacer borrón y cuenta nueva. A lo cual habría que agregar la reducción del volumen de créditos frescos, con el argumento de que "prestarles a América Latina, no parece rentable".

Este es uno de los aspectos más críticos e injustos de la actitud asumida por los países de Economía fuerte. Mientras inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial los Estados Unidos invirtieron más de 30.000 millones de dólares en la recuperación económica de Europa, a América Latina o a las misérrimas naciones del Sahara se les da otro tratamiento; en vez de invertir en obras de auténtico Desarrollo o pagar mejor sus exportaciones, se les conceden préstamos porque en un momento esto pareció mucho más rentable por los intereses y por las condiciones onerosas bajo las cuales se conceden.

### **Compartir responsabilidades**

Sin embargo si todo lo dicho hasta aquí es cierto, también lo es que el problema de la deuda es nuestro, de los que decimos estar en vías de desarrollo. Hay una pregunta que, aunque duela, debemos hacernos. Qué le ha pasado a América Latina? Trescientos cincuenta mil millones de dólares en préstamos en menos de una década, es algo más que el dinero que yo acostumbro llevar en mi cartera de bolsillo. Dónde está ese dinero, qué hicimos con él?

La respuesta en términos generales es que no hemos sido afortunados en el manejo de nuestra economía. Parte del capital recibido se ha convertido en depósitos en el exterior, al dinero se le dio un uso más especulativo que de inversión propiamente empresarial, ha habido desperdicio en inversiones públicas por falta de planeación, o simplemente, parte de esos fondos se destinó a la compra de petróleo que ya se consumió o de materias primas y equipos necesarios para mantener en pie: nuestras economías.

En síntesis, hemos cometido muchos errores, desde el uso egoísta del dinero como medio de provecho personal hasta la excesiva expansión monetaria. Por todo ello, en la solución de esta triste historia de la deuda de América Latina tenemos también nosotros que poner el hombro, es decir, compartir en alguna medida las responsabilidades.

Y en este compartir surge algo negativo, y es el que los latinoamericanos no sabemos ser solidarios; por ello no se logra adoptar un frente común ni una estrategia integrada para buscarle una salida al problema de la deuda.

Indudablemente el problema es complejo y tiene dimensiones no solo económicas, sociales y políticas, sino también humanas y éticas. esto sugiere la necesidad de aceptar la corresponsabilidad en las causas tanto internas como externas, en un esfuerzo inteligente en la búsqueda de soluciones que salven la dignidad y las aspiraciones legítimas de todos los pueblos, ricos y pobres y en el hacer surgir formas nuevas y originales de solidaridad que eliminen desigualdades e injusticias y que aseguren el crecimiento económico sostenido y el Desarrollo integral de los más pobres.

y algo más. Los financistas internacionales y los políticos se pueden morir de la risa, pero en la Biblia la anulación de las deudas es considerada como un imperativo de justicia y el interés - en el Éxodo la palabra es "mordisco"-, como un indebido aprovechamiento del más pobre y por tanto un pecado, y la Biblia, ustedes bien lo saben, es la palabra de Dios. y yo no soy economista pero si soy cristiano.

De ello podríamos hablar en próxima oportunidad.